

SE imaginan ustedes que Leónidas Brezhnev hubiese aprovechado el reciente aniversario de la RDA (1) para anunciar al mundo una intensificación del esfuerzo armamentista del Pacto de Varsovia en vista de "las intenciones ofensivas de Occidente"? ¡La que inmediatamente se hubiese organizado! Pero he aquí que, desde la tribuna berlinesa, el secretario general del PCUS iba a ofrecer aproximadamente lo contrario. Moscú se comprometía, según él, a retirar, en el plazo de doce meses y sin condiciones, hasta 20.000 soldados y 1.000 carros de combate soviéticos estacionados en la RDA. Al mismo tiempo, Brezhnev se declaraba dispuesto a reducir el arsenal de la llamada "zona gris" (armas "euroestratégicas" o de alcance medio) siempre y cuando la OTAN abandonase sus planes de instalar en la Europa occidental los nuevos "Pershing 2" y los "misiles crucero", unos y otros, de fabricación estadounidense.

¿Cómo iban, sin embargo, a permitir los eternos voceros del rearme que el dirigente moscovita les aguase tan fácilmente la fiesta? Impulsada por ellos, la máquina intoxicadora de la opinión pública comenzó a funcionar, como hace siempre en estos casos: "oferta interesada", "inaceptable intromisión", "chantaje", "amenazas encubiertas". Un gesto que quería ser de paz se veía así convertido, por arte de birlibirloque, en un grito de guerra. Los titulares no dejaban resquicio a la duda. Brezhnev vestía la vieja piel de cordero para más cómodamente dar su zarpazo, llegado el momento oportuno. Era, una vez más, la vieja película de buenos y malos.

No cabe duda de que el líder soviético calculó perfectamente el lugar y el momento de lanzar su iniciativa. Berlín es el símbolo por excelencia de la división del mundo en dos bloques antagónicos, y la ocasión elegida, el treinta aniversario del "primer estado socialista alemán", venía además a coincidir con el inicio de una nueva ronda en las conversaciones de Viena sobre reducción de armamentos. Pero Brezhnev debía de tener sobre todo en el punto de mira de sus intenciones la próxima cumbre de la OTAN —se celebrará a mediados de diciembre— en la que los países europeos miembros deberán aceptar o no definitivamente la propuesta norteamericana de instalar en su territorio los nuevos misiles de alcance medio.

(1) "La RDA, en la encrucijada" (TRIUNFO, 872).

La campaña que no cesa

JOAQUIN RABAGO

¿Cantos de sirena?

Hecha como está la oferta soviética, es perfectamente lícito discutir su alcance real para Occidente, habida cuenta sobre todo del porcentaje que la misma presenta sobre el total de hombres y de carros de combate que la URSS tiene destacados en la RDA: 400.000 y 7.000, según fuentes occidentales. Ahora bien, parece cuando menos cínico negar el carácter positivo del gesto de Brezhnev en el actual contexto internacional.

En un momento en que, tanto en Europa como en los Estados Unidos, los medios de comunicación se convierten en dóciles cajas de resonancia para los mensajes más descaradamente belicistas firmados por los Kissinger, los Haig o los Strauss, el líder del mundo comunista anuncia su disposición a negociar. Naturalmente, tal iniciativa no podía por menos de alarmar a quienes antes calificábamos de "voceros del rearme". El anuncio de Brezhnev —dicen— es un engañoso canto de sirena destinado a sembrar la confusión entre los europeos, a hacerles bajar la guardia. Su objetivo más o menos oculto es impedir que Europa llegue a dotarse a sí misma de armas de alcance medio capaces de hacer frente a los "SS-20" y los "Backfire" soviéticos.

Así comienza otra vez, hábilmente esgrimido por esos intoxicadores de la opinión, el baile de las cifras. No hay manera de ponerse de acuerdo. Ni sobre el arsenal convencional, ni sobre el nuclear. Por ejemplo, en Viena, donde las Conversaciones sobre Reducción Mutua y Equilibrada de Fuerzas Armamentos siguen atascadas debido sobre todo a la insistencia de Occidente en atribuir al Pacto de Varsovia una cifra de efectivos humanos y materiales que aquella organización rechaza.

La superioridad atribuida al Este es de unos 159.000 hombres uniformados (2). Y a partir de

(2) Frente a los 791.000 efectivos de las tropas terrestres de la OTAN en la Europa central, el Pacto de Varsovia declara sólo 805.000. Los aliados occidentales rechazan, sin embargo, esta cifra e insisten en la de 950.000 hombres.

ese supuesto desequilibrio inicial se producen diferencias entre las partes negociadoras sobre el tipo de reducciones y el modo de efectuarlas.

Occidente insiste en una reducción "asimétrica", que considere, entre otros, el factor geográfico de proximidad, que opera claramente en beneficio de la URSS, e insiste en su negativa a incluir en las negociaciones a las fuerzas aéreas.

Moscú defiende una primacía del criterio funcional sobre el exclusivamente numérico, injusto desde su punto de vista. Según los soviéticos y sus aliados, las reducciones deben alcanzar también a las fuerzas aéreas, ya que en el Pacto de Varsovia, por ejemplo, las unidades de defensa antiaérea suelen formar parte de las tropas de tierra mientras que esto no ocurre normalmente en la OTAN. También en Occidente hay civiles que se encargan de operar ciertos sistemas de uso militar, como pueden ser los radares, y estos efectivos humanos, que en el otro bloque son militares, no se incluyen en las negociaciones. De ahí la oposición de Moscú a una simple reducción cuantitativa de los hombres que en una u otra organización visten el uniforme de tierra. En su lugar, el Kremlin propone una reducción funcional: esto es, de unidades enteras junto con todo su equipo bélico (3).

La esperada luz verde

No es, sin embargo, en este terreno de los efectivos convencionales, sino más bien en el debate en torno a las armas llamadas de la "zona gris" o "euroestratégicas" donde los halcones de la OTAN emplean a fondo, estos días, su probada capacidad para la demagogia.

Según los informes más alarmistas, el Pacto de Varsovia supera claramente a la OTAN en el campo de los misiles de alcance medio, y este hecho nuevo convierte a los aliados europeos de Washington en presas fáciles para las "apetencias de poder" so-

(3) Boletín de Novosti, 2 de octubre de 1979.

viéticas. Mas tampoco aquí lo gran ponerse de acuerdo los pregoneros de la guerra fría. Los datos por ellos utilizados varían según las fuentes.

Así, si hemos de creer al Ministerio alemán de Defensa, que acaba de editar un Libro Blanco sobre el tema (ver TRIUNFO, número 868: "Una semana de preguerra fría"), las fuerzas del Pacto de Varsovia disponen de un número superior a 1.370 misiles y bombarderos capaces de transportar armas atómicas a más de 1.000 kilómetros de distancia. La OTAN, por su parte, sólo cuenta con 386 de esos sistemas de transporte. Ahora bien, según el Instituto de Estudios Estratégicos de Londres, las cifras son 1.039 vehículos portadores (Pacto de Varsovia) frente a 960 (OTAN). Paul Doty, consejero del Presidente Carter, habla de 2.135 y 1.428, respectivamente (ver "Der Spiegel", 8 de octubre de 1979). Algo parecido ocurre con el número de misiles "SS-20" que se supone apuntan a blancos situados en la Europa occidental: las cifras que barajan los expertos van de los setenta a los ciento veinte. Los "SS-20" van armados con tres cabezas atómicas, pero no se sabe con certeza si son dos o tres los misiles dispuestos por cada rampa móvil de lanzamiento.

Hay, por otro lado, un dato que se suele olvidar interesadamente en este tipo de cálculos comparativos, y es el total de cartas nucleares que posee la OTAN en Europa occidental y que parece acercarse a las 8.000 unidades, lo que equivale al doble del arsenal soviético en la Europa del Este.

Para los círculos militares y políticos de la OTAN, el principal problema radica, sin embargo, en el radio de acción de los vehículos portadores: la Europa occidental no dispone de ningún sistema con un alcance equivalente al de las nuevas armas soviéticas (4), y esta laguna, que

(4) El "SS-20" tiene un alcance, según expertos occidentales, de 4.023 kilómetros, y un margen de error de sólo 100 metros. El "SS-20" sustituye de modo progresivo a los más viejos y menos precisos "SS-4" (alcance: 1.609 kilómetros) y "SS-5" (3.219 kilómetros).



Un Brezhnev casi hundido durante el desfile conmemorativo del XXX aniversario de la RDA. A su derecha: el polaco Edward Gierek y el primer ministro de la RDA, Willi Stoph. A su izquierda, saludando mano en alto, el primer secretario del SED, Partido Socialista Unitario, de la RDA.

es estratégica desde el punto de vista de los aliados europeos, es precisamente la que se trata de cubrir con los "Pershing 2" y los "misiles crucero" (5).

Washington esperaba la luz verde de los Gobiernos de la Europa occidental para seguir adelante con sus proyectos de fabricación de los nuevos misiles de alcance medio. El mayor obstáculo lo representaba hasta ahora la negativa de la RFA a convertirse en el único país europeo no nuclear en acoger en su territorio el nuevo armamento. Con la casi segura aceptación de los misiles crucero Tomahawk por parte de belgas, holandeses e italianos, el Gobierno de la RFA parece haber levantado en principio su veto a los "Pershing 2".

Entre unos y otros, el total de misiles que Washington proyecta instalar en Europa occidental es de 572. Y esto es precisamente lo que ha intentado frenar Brezhnev con su iniciativa de Berlín. Para Moscú, en efecto, ese doble sistema de garantías que busca la Europa occidental por el hecho

de no confiar demasiado en el escudo protector del sistema central o estratégico norteamericano, supondría un nuevo y peligroso factor de desequilibrio regional, que agravaría la tensión en Centroeuropa y llevaría a una nueva carrera de armamentos. La supuesta desconfianza de los Gobiernos europeos hacia la sombrilla nuclear norteamericana es —afirman los soviéticos— algo alentado por los portavoces del complejo militar-industrial estadounidense y sus "lobbies" en la Europa occidental. Y en apoyo de su tesis aducen otros casos en los que la Casa Blanca y el Pentágono falsearon datos sobre distintos tipos de armas del arsenal soviético para conseguir del Congreso la aprobación de presupuestos militares más elevados.

Negociar o no: he ahí el dilema

Tras el ofrecimiento de Brezhnev, la disyuntiva se plantea entre quienes abogan por la negociación inmediata con los soviéticos, que han hablado ya de su interés en incluir los sistemas euroestratégicos en las SALT 3 (si

es que las SALT 2 llegan a ratificarse), y quienes insisten en que la OTAN no debe renunciar de ninguna manera a la "modernización" de su armamento nuclear para poder negociar en el futuro desde una posición de fuerza.

Existe también una postura intermedia: la de quienes no son partidarios de suspender la fabricación de los nuevos misiles, pero que proponen negociar al mismo tiempo con Moscú de modo que la instalación de esas armas —que no podía producirse, en cualquier caso, antes de 1983— llegue a hacerse innecesaria.

En el propio seno de la coalición que gobierna la RFA, los políticos parecen divididos: el ministro de Asuntos Exteriores y jefe del partido liberal, Genscher, aboga por una postura de firmeza frente a Moscú, mientras que el ala izquierda de los socialdemócratas, representada por Wehner y Barh fundamentalmente, propone la aceptación inmediata de la mano tendida por Moscú.

Con sus continuas dificultades económicas —argumentan estos últimos—, a Moscú no le interesa tener que destinar a gastos de ar-

mamento un porcentaje cada vez más alto de su producto nacional bruto. Los dirigentes soviéticos necesitan, por el contrario, de esos recursos económicos para satisfacer las también cada vez mayores necesidades de consumo de la población. Y mucho menos puede permitirse Moscú una carrera armamentista en Europa mientras siga, en Asia, sin poder confiar en la República Popular China, cuyos dirigentes viajan significativamente por los países de la OTAN tratando de azuzar a éstos contra los soviéticos.

Entre unos y otros, se trata una vez más de acorrallar a la URSS: así por lo menos lo ven los dirigentes de este país que no ha logrado todavía superar la vieja sensación de cerco que dura desde los años inmediatamente posteriores a la revolución bolchevique.

La iniciativa de Brezhnev no es sino un nuevo intento de romper ese cerco. Por más que los agoreros de turno traten de hacernos comulgar diariamente con sus ruedas de molino. La amenaza y el chantaje que atribuyen al Kremlin sólo están presentes en sus calenturientas cabezas. O en sus mentes calculadoras. ■

(5) El alcance de los "Pershing 2" es de 1.609 kilómetros; el de los "misiles crucero", 2.414 kilómetros.